

Esteban González Pons

Ellas



ESTEBAN GONZÁLEZ PONS

ELLAS



© Esteban González Pons, 2020

De la canción «Poco a poco... me enamoré de ti (*Piano piano... mi innamorai di te*)», música de Marcello Marrocchi y Vittorio Tariciotti, letras italianas de Antonello De Sanctis, letras españolas de Luis Gomez Escolar Roldan Copyright © 1977-1978 by Nuova Idea Edizioni Musicali S.r.l. / Scarlet S.r.l. / Universal MGB Internacional / Universal Music Publishing Ricordi S.r.l., administrado por Universal Music Publishing Ricordi S.r.l. *Todos los derechos reservados para el mundo*. Reproducido con amable permiso de Hal Leonard Europe S.r.l.-Italia

De la canción «Pero a tu lado», de Enrique Urquijo, © Warner Chappell Music, Inc. Por el poema «Mecanografía» de Álvaro de Campos, trad. de Eloísa Álvarez, de *Obra completa*, Pre-Textos, 2016, cortesía de la editorial

Por la versión de Teresa Garulo del poema de Ar-Ruṣāfā de Valencia, «El baño» (incluido en *Poemas*, Hiperión, 1980), © cortesía de su traductora

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 954-2020

ISBN: 978-84-670-5842-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

CAPÍTULO 1

En los viejos apartamentos Garbí de Frontera de Aragón, entre marzo y noviembre, el amanecer se inicia cuando una alfombra amarilla de luz comienza a deslizarse imparable por el césped de la zona común igual que una marea que asciende por la playa. A continuación, los saltitos y el griterío de los gorriones recién despiertos le ponen al jardín un fondo sonoro de cielo de barraca en la huerta valenciana; no en vano los viejos apartamentos al principio estuvieron rodeados por campos de naranjos. Las largas sombras debilitadas que a esa hora proyectan los pinos y los tres chopos del fondo del jardín ya no pueden considerarse, ni mucho menos, restos de la oscuridad precedente, puesto que no enfrían como enfriaba la noche.

El aire se hincha de claridad casi de repente.

Madruga de forma apacible, con naturalidad, con deleite, en los viejos apartamentos. Antiguamente cabía añadir a este protocolo diario el toque de la flauta del afilador o los bocinazos de la furgoneta que repartía el pan.

Y es en ese instante cuando cotidianamente se conecta el riego automático de la explanada de césped de la zona común, cuando una docena de grifos a la altura del tobillo, repartidos por aquí y por allá, se abren para lanzar su curva giratoria de agua, llenando el decorado de brevísimos arcoíris. Empapando además el camino de baldosas cuadradas que por delante de los viejos apartamentos sube desde el tenis, pasando por la piscina, hasta el aparcamiento. O baja, según la dirección en que se camine.

Los aspersores siempre sorprenden con su tris tras, tris tras, tris tras, a una u otra ardilla que, flotando sobre la hierba dorada por

los primeros rayos de sol, se había alejado mucho de los árboles en busca de algo que echarse al estómago. La roedora pelirroja huye entonces disparada. En los Garbí la sonrisa de las ardillas es pegadiza. Lo mismo que su curiosidad y su melancolía. Podríamos decir que forman parte del delicado ecosistema sentimental de los viejos apartamentos, de su significado.

Afortunadamente, en la sierra Calderona, pese a su proximidad a Valencia y el consiguiente cerco inmobiliario que padece, aún quedan suficientes ardillas supervivientes como para que no falten en ninguno de los chalés que se han construido. Entre las copas de los pinos de estas montañas redondeadas por el paso de las invasiones de moros y cristianos subsiste por lo menos una ardilla para cada niño. Hay tantas como niños; este sería un buen resumen zoológico de la Calderona. En Náquera, Serra, Porta Coeli o Frontera, una ardilla podría cruzar el último siglo sin preocuparse jamás por el calendario, saltando de infancia en infancia, de nostalgia en nostalgia, de padres a hijos.

Estos viejos apartamentos Garbí, que ahora se ven decaídos y gastados, vencidos por el transcurso de los inviernos, hace cuarenta años constituían un verdadero palacio de verano de clase media. Cada apartamento costó sus buenas cien mil pesetas de la época; muy caro, sí, aunque lo normal, teniendo en cuenta lo amplia que era la explanada de césped de la zona común, la pista de tenis de cemento rosa, la piscina olímpica y la deseable condición de gente conocida de todos los propietarios. Y que, desde luego, se trataba de un complejo con jardinero propio y acciones para agua de pozo.

En aquellos inocentes setenta, poseer un apartamento como estos, ya fuera en Gandía, El Perelló o Frontera, se consideraba la culminación del sueño español. Tras el Seat 600 y la tele en blanco y negro, sólo quedaba poder pagar el préstamo de un apartamento en una urbanización a las afueras, higiénica y con agradable vida social, para que se colmara la última ambición del *typical spanish way of life*. Dejar atrás las paellas del domingo cocinadas sobre tres piedras en la parcela del campo con la suegra sentada en una silla

plegable y sustituirlas por una terraza rodeada de grillos en que poder disfrutar de una copita de anís del Mono con hielo después de cenar, eso era cuanto un cabeza de familia de aquel triste entonces podía reclamarle al desarrollo de un país que se ponía el pijama sin quitarse calcetines ni calzoncillos para dormir la siesta.

En los setenta, a los niños de ciudad se los llevaban al pueblo o al apartamento a mediados de junio, en cuanto cerraban los colegios, y los dejaban allí pasturando hasta mediados de septiembre, en cuanto abrían los colegios. Aquello no eran vacaciones sino estiaje, abandono estacional, auténtico veraneo. Trashumancia infantil.

Los recuerdos de aquella generación de niños asilvestrados, criados sueltos y en bici, a los que la saliva de su madre acompañada de un «cura, sana, cura, sana, culito de rana, si no se cura hoy se curará mañana» calmaba cualquier dolor y cerraba cualquier herida, habitan todavía en la penumbra de los chalés de la sierra Calderona. Y también lógicamente en los viejos apartamentos Garbí, junto a la luz amarilla del amanecer, los inquietos gorriones y las ardillas de todas y cada una de las infancias.

Jaime Monzón siempre tuvo el corazón anclado en los viejos apartamentos Garbí; ahí donde un castigo de sus padres enterró al niño que fue, ahí donde se originó su discontinuidad biográfica, ahí donde permanecía vivo su primer amor.

La madrugada de 2016 en que arrancaron los hechos que tanto iban a cambiar las vidas de Pablo, Pelarañas y Mariola, precisamente Ella estaba durmiendo desnuda en el viejo apartamento de los padres de Jaime. La sábana por debajo de su brazo dejaba a la vista, pegada al hombro, una cicatriz de vacuna de la viruela, elíptica como la huella de un beso. Y aquella cicatriz la señalaba como nacida en los sesenta igual que el hierro habría marcado a una hermosa yegua, aunque las piernas larguísimas de Ella evocaban más bien la esbeltez de una cierva.

Las pecas de las mejillas no se le habían despintado.

El cabello pelirrojo, pródigo y rizado, se repartía por la almohada adoptando la extensión exhibicionista de una estrella de mar sobre su roca. Respiraba lentamente, satisfecha, en paz. Algo en

aquella desnudez indiferente transmitía la plenitud de una diosa madre cuyo monte de Venus hubiera encajado anoche la embestida de un guerrero lanzado al galope. Reposaba tan complacida como una mantis religiosa sexual, agotada después de haberse tragado a su amante por la vulva, haberlo digerido en el útero y finalmente haberlo vuelto a expulsar, haberlo vuelto a parir, haberlo vuelto a renacer.

Descansaba con la conciencia tranquila de quien posee la fuerza de la resurrección en el centro mismo de su coño.

Del desfiladero vertiginoso que separa sus pechos, desde semejante valle húmedo, blanco y angosto, emanaba un perfume parecido al de la leche hervida en cualquier recuerdo remoto de una muy fría y entrañable Navidad, complaciente, sensual, femenino, que transformaba la atmósfera de aquel dormitorio en una apasionada prisión, en un harén de una sola esposa, en un laberinto del que está prohibido querer escapar. En un «Me sobra el camisón». En un hogar.

Costaba respirar sin embriagarse. El aire del dormitorio se percibía sólidamente cargado de un cálido olor a piel de Ella. Además, uno de sus pies, que se asomaba por debajo de la sábana arrugada, dejando a la vista una pulsera de cuero, el pequeñísimo tatuaje de una mariposa en el tobillo y las uñas pintadas de granate, ayudaba a confirmar esa idea de que quien tan plácidamente dormía ahí era una mujer amada con locura por un hombre de su propiedad.

Sobre la mesilla de noche, ciertos versos recién escritos adrede para ser leídos con el desayuno:

TE PROMETO QUE NO TARDO

Volveré

Antes de que te des cuenta de que me he ido

Volveré

Antes de que te despiertes asustada

Volveré

Antes de que salgas a buscarme al jardín
Volveré
Antes de que grites mi nombre al aire
Volveré
Antes de que preguntes a los tres chopos por mí
Volveré
Antes de que empieces a hacerme perdidas
Volveré
Antes de que te cuenten que he muerto
Volveré
Antes de que encuentren mi cuerpo quebrado
Volveré
Antes de que rompas a llorar sin consuelo
Volveré

Volveré
En cuanto resucite y ni un minuto después
Volveré
En cuanto haya puesto mi edad a cero
Volveré
En cuanto recupere el tiempo que me robaron
Volveré
En cuanto me desprenda de quien no quise ser
Volveré

Volveré
Te lo juro
Volveré
Sí
Volveré
Voy me mato resucito y vengo
Vuelvo
Amor mío te prometo que no tardo
Ya estoy volviendo

No había salido el sol de forma diferente en los Garbí aquella madrugada de 2016. Y dos ardillas escaparon hacia los pinos en cuanto vislumbraron que, a primera hora, antes incluso de que se encendieran los aspersores, un hombre con gafas y cabizbajo salía de puntillas de uno de los viejos apartamentos.

Sí, ese amanecer, tras dejar al alcance de la mano de Ella el poema que compuso la noche anterior, Jaime Monzón besó sus labios entreabiertos, con suavidad, para no despertarla. Salió de la habitación sigilosamente, evitando hacer ruido. Se puso los zapatos también despacio en el comedor. Cerró la puerta del viejo apartamento sin dar un portazo. Bajó al jardín. Asustó a una ardilla. A dos, en realidad. Subió al aparcamiento. Se metió en su antiguo Opel Corsa gris mercurio. Arrancó. La vibración del motor hizo bailar las alpargatas en miniatura que colgaban del retrovisor. Y puso rumbo al accidente que tenía previsto sufrir en el barranco de Matacartujos, ¿dónde si no?

Aquel día de 2016, a la misma hora en que Jaime Monzón se suicidó, durmiendo desnuda en la cama de matrimonio del viejo apartamento de sus padres, Ella todavía soñaba con él.

El mismo 21 de abril de 2006, pero ya muy tarde

Querida Eme, se conoce que no he tenido suficiente con la carta de despedida de antes. Vuelvo a por más.

No dejo de darle vueltas a todo. No te me vas del pensamiento. Escribirte ha sido como reencontrarte y descubrir que me he pasado la vida pensando en ti. Que he vivido gracias a ti y también por tu falta. ¿Sientes algo parecido?

Estoy muerto, pero no me resisto a seguir escribiendo.

La muerte es una puerta que tarde o temprano todos cruzamos, aunque nuestro pasado no. Tras la muerte puede que haya otro futuro, pero no el mismo pasado de cuando estábamos vivos. Ese se queda fuera, igual que se resignan sentados en la calle los perros de las visitas en las casas acomodadas. Lo que fuimos, lo que amamos, lo que sufrimos, después de la muerte se pierde eternamente.

Eme, tú aguantarás por Valencia todavía un tiempo adicional; sin embargo, yo ya crucé esa puerta última y no pude llevarte en mi memoria al otro lado. Donde ahora estoy no se toleran nostalgias ni arrepentimientos; por eso te vuelvo a escribir, para contarte que mi corazón te fue fiel mientras estuve vivo y para decir adiós. Después de morir te he olvidado a la fuerza, conque si aún en vida también tú me olvidaste, pues está visto que mi tránsito se ha consumado por entero.

Soy un muerto rematadamente muerto.

Y, como ves, este muerto, desde el principio de su muerte, siente nostalgia de la vida. Pero, extrañamente, de una vida no vivida, la que

pudo haber disfrutado contigo y que se le escapó de las manos por aquello que nos hicieron.

Por eso, antes de que se borrara mi memoria y se perdieran para siempre mis emociones, antes de apagarme eternamente, necesité revivir aquel verano del setenta y tres, aunque fuera por última vez; aquel amor, aquella luz amarilla al bajar de la piscina al atardecer, aquel buscar cualquier excusa para hacerte cosquillas, aquel beso recién nacido... Sí, aquella forma tan atrevida de besar que nos inventamos tú y yo.

Éramos del todo inocentes. No esperábamos aquel beso, yo ni siquiera te había solicitado ser tu novio previamente. Eme, nuestro primer beso sobrevino de forma repentina, tan precoz que en aquel tiempo todavía no habíamos concertado con nuestros compañeros de curso que para poder besar a una chica le debías consultar de antemano si querría salir contigo. Algo parecido a solicitar permiso; eso, lo que se conoce como «pedir salir». Yo no te pedí salir, tú no me respondiste que sí y, sin embargo, nos besamos.

Estábamos demasiado verdes para tanto ardor.

En plena revuelta te rocé el pecho, tu proyecto de pecho. Te lo rocé de lado a lado, a conciencia, por cierto, y pedí perdón en voz baja, acalorado. Ardía. Llevabas un vestido marinero con un lazo en la espalda, sin mangas. Fue un morreo precioso. Inocente, ceñido, inquieto, fugaz.

Nos recuerdo tumbados sobre el césped de la zona común de los viejos apartamentos mirando las estrellas después de cenar. La noche nos hacía invisibles para el mundo, el resplandor de las farolas del jardín no llegaba ni a rozarnos. A lo lejos se escuchaba parlotear a nuestros padres en la terraza. Y así, sencillamente, nos asaltó el beso.

Horas más tarde, de madrugada, se desató la primera tormenta de aquel final del verano.

¿Quién empezó, tú o yo? ¿O el prelude lo negociamos a tientas? No sé. Me subiste las gafas como si fuera un motorista y de pronto te notaba ahí, respirando el aire que yo había respirado ya. Más que el sabor de tu saliva, me asombró su temperatura templada y la tersa maleabilidad de tu labio inferior al tacto de los míos. Lo instintivo que resultó mordértelo y que tú me los mordieras, como si probases una ciruela húmeda, y el inesperado papel protagonista que aceptaron

nuestras lenguas. Me dejó pasmado aquella coreografía de lenguas parecidas a peces voladores que saltan, chocan y caen entrelazados a un mar embravecido. Por entonces yo ignoraba que besarse pudiera implicar abrir la cancela del cuerpo para que la lengua escape como alma que lleva el diablo, persiga a otra lengua, igualmente esquiva, y explore y remarque el perímetro de una entrada recién obtenida.

Yo no sabía que se besaba con la lengua. La mía, de hecho, se soltó sola, como por inspiración divina. En los besos de las películas de vaqueros no se distinguían las lenguas.

Bebimos la saliva de nuestros labios con avidez, con la sed de quien vuelve de un desierto. Y nos quedamos asombrados por nuestro atrevimiento, ya que nadie nos había anticipado que sorbernos las bocas sería tan bonito. Por eso estoy convencido de que fuimos los primeros en probarlo, porque antes de ti y de mí, por lo visto, los amantes se comían, pero no se bebían.

Así que, empujados por aquel deseo lunático, improvisando, creamos este artificio nuevo para mostrarse amor: el beso con lengua. En mi opinión, aquel beso constituye el más intuitivo que se dio en el siglo xx. Porque fue inédito. Fue imparable. Fue moderno. Fue total. Porque fue un verdadero invento.

Tú y yo somos los coinventores del beso. Sobre tus labios se inventaron los besos en la boca con lengua, espero que hayas presumido de tal dignidad a lo largo de tu vida.

¿Qué habrá sido de ti? Éramos tan jóvenes que, después, a lo largo de los años, podría haberme tropezado mil veces contigo sin reconocerte. Trágico, no puedo digerirlo. ¿Te interesaste por lo que fue de mí? ¿Alguna puesta de sol te devolvió a Frontera? ¿A las partidas de moros y cristianos en aquel solar al que llamábamos, no sé por qué, el Secreto del Arroz? ¿A tu bicicleta BH con cesta? ¿A mi compañía de tímido escolar cuatrosjos? Che, cuántas preguntas. Lo siento, Eme.

¿Sabes?, aquellos lejanos julio, agosto y septiembre en los que el aire quemaba, cuando cada sábado nos recolectaban y nos conducían a misa de siete, yo procuraba sentarme a tu lado en el banco de la ermita de Frontera. Pegaba mi antebrazo al tuyo y me decía a mí mismo: «Si no lo aparta es que se va a casar conmigo».

Nunca te separabas, así que al comulgar rezaba para que el día de mañana fueras mi mujer. Cándido, iluso...

El giro crónico de las aspas de los ventiladores mezclaba su monótono murmullo con el golpeteo de los abanicos abiertos contra el balcón del pecho enlutado de las viudas y con el canturreo periódico de las beatas. Incluso a los santos demasiado policromados de los altares laterales y a las moscas les vencía el calor y el sueño.

—Daos fraternalmente la paz. —Y yo notando cómo se erizaban las hebras casi blancas de tu brazo soldado al mío.

—La paz sea contigo.

Tu mano en mi mano y yo encogido, sofocado por la inesperada reacción de mi naturaleza bajo los cortos pantalones milrayas de aquel verano. Sudando gotas de amor puro, sin aditivos ni pigmentos, en la atiborrada misa de los veraneantes, en aquella ermita acicalada como un merengue con cúpula de tejas azules.

Ese verano, con material sobrante de cualquier obra y dos o tres piedras grandes, construimos una cabaña en una cavidad de un par de metros abierta en un terraplén al borde de un camino de tierra algo alejado de los viejos apartamentos. ¿Sonríes? Yo también. La llamamos, eso es, ¡la Cueva!

Allí jugábamos a la verdad, fumábamos Piper mentolado y tosíamos. Nos asustábamos con anécdotas escabrosas y dejábamos transcurrir perezosamente las horas interminables. Riéndonos de todo y discutiendo por todo. Amontonándonos, quitándonos la palabra, coleccionando alacranes y renacuajos en botes de melocotón en almíbar. Autónomos como náufragos en una escuela de robinsones, libres igual que golondrinas, más ingenuos que los pastores del belén.

Mis dos primos, Nacho el Bizconde y Joseán el Gordinfli —¿recuerdas sus bigotitos incipientes?—, tú y yo, con las rodillas cubiertas de costras y el dorso de las manos de calcomanías, en la Cueva atravesamos en comandita el mediodía de la inocencia. Allí nos desprendimos juntos del plumón de la niñez. En aquella cabaña dimos cuenta del corte de solomillo más sabroso de nuestra infancia como culebras que se alimentasen con sus propias mudas de piel.

Fueron mis mejores vacaciones, quizá las únicas. Che, fue mi mejor verano.

Ya no regresaste. Después de aquello que pasó, supongo que tus padres evitaron que te viera más y no volvieron a alquilar uno de los viejos apartamentos.

¿Has guardado nuestro secreto todos estos años? Yo sí. Te lo juré y he cumplido. Bien sabes que no fue culpa mía, tampoco tuya. Es ridículo hablar de culpas cuando se trata de algo tan hermoso, aunque ni en tu casa ni en la mía nos entendieron. Me gustaría que nada hubiera ocurrido tan pronto y que nadie nos hubiera prohibido crecer juntos. Te he llevado a lo largo de la vida en el recuerdo como te habría llevado de la mano. Jamás te borraste de mí. Aquello que sucedió y la noticia que ocultamos desde entonces me hicieron el tipo melancólico que he sido. Un desdichado.

Tendrías que haberme visto antes de morir, todavía con mis cejas de mapache, mis gafas de búho sujetas con una goma por detrás de la cabeza para que no se me cayeran, mis orejas de chimpancé y mi nariz de perro que se movía sola como la de un sabueso. Mi rostro ha seguido valiendo para cartel de zoo, como me decías y te mofabas. Eso sí, con menos pelo y sin flequillo, pero con la misma cara de caricatura que recordarás, si es que me recuerdas.

Si cierro los ojos aún puedo vislumbrarte explicándome que yo era lo bastante feo para ser guapo, que para ser un hombre tan masculino como los cantantes italianos había que ser muy feo, con mandíbula voluminosa, pelo grasiento, nariz con puente y todo eso. Pues me lo creí. Qué tonto.

He sido un oficinista pedante, fumador, alérgico y viejo verde desde joven, eso sí. Un ratón de biblioteca a la caza de cualquier información que tenga que ver con mi querida ciudad de Valencia también. Muy valenciano, aunque paradójicamente fuera monógamo por vocación y no supiera hacer paellas. Un auténtico ninot de falla, si bien lo miras.

No pienses que fui raro, aunque sí un tipo diferente. El último romántico.

Un volcán de pasiones sin explotar sería una buena metáfora de mi personalidad retenida. El típico personaje serio por fuera, aunque gra-

cioso por dentro, que resulta cómico sin pretenderlo o, al revés, que suena trágico cuando hace un chiste. Sabes a lo que me refiero, ¿no? La gente se tronchaba cuando yo decía algo porque siempre creían que era de broma, aunque no lo fuera. Por otro lado, no conseguí llegar a ser novelista ni poeta, como ambicionaba. O sea que sólo fui lo que se podía esperar de mí, pero sin ti.

¿Quién sabe si contigo hubiera conseguido convertirme en el gran escritor, intelectual a fuer de cuatrojos, con el que soñábamos juntos? Eso ya nunca pasará. De este gusano no salió ninguna mariposa, se quedó en capullo.

En el corazón tengo un pozo de memoria inagotable sobre el verano del setenta y tres. Puedo pasarme siglos hablando del tema sin aburrirme, pero no dispongo de tanto tiempo. Debo ir terminando. Me he ido como se fue Tiro, tu otro incondicional.

Tiro era el guardián de la Cueva. Aunque se volviera loco de celos, persiguiera agricultores que pedorreaban en su Mobylette o ladrase por vicio a transeúntes y ciclistas, no habrá otro amigo más digno de confianza. Ni más fiel. Nuestro sabueso de los Baskerville. Nos acompañaba en las excursiones, peleaba en nuestro bando contra la pandilla de los Esqueletitos del Vietnam y dormía la siesta a la sombra de un algarrobo, mientras nosotros chupábamos el polo de hielo nuestro de cada día.

Por mi parte, yo también te escoltaba como un chucho devoto y celoso, pendiente siempre de dónde estabas y qué hacías. Seguro que lo notabas. Si me hubieras tirado un hueso habría saltado, lo habría cogido al vuelo y habría dado vueltas luego alrededor de tus piernas persiguiendo mi cola, alborozado y dichoso por tu atención. Si me hubieras acariciado la cabeza, te habría dado la pata. No creo que te hayan vuelto a adorar como te idolatrábamos Tiro y yo, mi santita patrona de las palpaciones primerizas.

Nos despedimos cuando llegó septiembre. El día después del secuestro y desaparición de la hija del subgobernador civil, imposible omitirlo.

Antes, septiembre se presentaba en Frontera con rayos y truenos, lluvias copiosas, cortes de luz, velas para alumbrarnos en el viejo apartamento y cierta tristeza doméstica en la mirada de mi madre al poner-

se a forrar los nuevos libros de texto. O a coser etiquetas con nuestros apellidos en mi camiseta de gimnasia y en la rebeca azul marino del uniforme del Sagrado Corazón de mis hermanas.

Fue al final de la que resultó ser la última tarde del veraneo, el día en que te llevaron de vuelta a la ciudad, cuando yo, con las sandalias hundidas en el barro, temblando, te di mi dirección en un papelito. Las tormentas habían pasado ya, dejando el suelo cubierto de charcos. Gigantescas nubes rosas y verticales filtraban una deslumbrante claridad otoñal sobre la Cueva. No sé si rondaba alguien más a nuestro alrededor, tampoco importaba.

—Por si quieres escribirme, Eme.

A continuación, me diste la tuya.

—Me tengo que marchar antes de que descubran que no sigo castigada en la habitación, mis padres me van a matar o algo peor por lo de ayer, pero no me importa, no me arrepiento —dijiste.

—Escríbeme, por favor...

Los besos de las dos noches anteriores nos ahogaban. Titilaban en nuestras voces. Prometimos regresar el verano siguiente. Quise añadir algo, pero no me salió más que un gesto mudo.

Besaste rápidamente mis labios y te fuiste corriendo. Me quedé solo en el barrizal como otro arbusto empapado, perdido en el paisaje crepuscular. Después de que te metiera tu padre en el coche, no volví a verte nunca.

Han transcurrido treinta y tantos años y allí sigo, en la Cueva, aquella tarde tras las tormentas, sin saber cómo decirte: Eme, te quiero.

Me encantaría contarte lo bueno y malo que me ha ocurrido a lo largo de los años. Tengo cientos de sucedidos que compartir contigo, pero ya no queda tiempo. Mis soledades y mis fracasos también te los debo. Querría hacerte la lista de las diez mujeres que más me gustaron, sobre todo actrices americanas, una compañera de la que no fui novio en COU, la novia de mi amigo Romerales, una diseñadora gráfica que pintaba dragones, mi ex y todas las modelos de tallas especiales.

Siempre me han gustado las chicas de mi generación, che. Jóvenes cuando yo era joven y maduritas ahora que yo lo soy. Por eso creo que ayer me impresionó enlazar una sonrisa con esa señora a la que llamé

Ella, porque su belleza reflejaba la misma nostalgia por los años perdidos que a mí me ha matado, mejor dicho, que me quitó las ganas de seguir viviendo.

Yo era, lamento tener que confesarlo, el típico tío al que se le nota cuando mira a las chicas. A menudo, en verano, cuando las blusas se vuelven de ala de mariposa y los escotes se abren para respirar y expulsar el calor del seno, me tenía que corregir a mí mismo: «Jaime, Jaimito, ¿quieres hacer el favor de mirar a esta chica a los ojos, que se está dando cuenta de que mientras le hablas le estás mirando las tetas?».

No lo podía evitar, se trataba de un gesto automático.

Estoy seguro de que, incluso cuando mis pupilas se entretenían con el vaivén del culo de una mujer que caminaba delante de mí, la observada, pese a estar de espaldas, percibía mi contemplación como si fuera un toqueo o una palmada. No tuve la mirada sucia, pero debí tenerla sólida porque se dejaba sentir fácilmente. Las mujeres tenéis sensibilidad para eso.

Por cierto, ya que viene al caso, te aclaro que mi ex no es ni mucho menos guapa. Vista de cara sólo resultaría hermosa si fuera caballo, por sus dientes más grandes de lo normal, aunque no muy amarillos, y sus gafas bifocales con un cordón colgando como si fueran las riendas. Y que no para de hablar jamás. No obstante, eso tiene sus ventajas; por ejemplo, puedes cenar enfrente entretenido en tus pensamientos como si estuviera la radio puesta, sin necesidad de pronunciar ni un monosílabo. Para gustarnos al Genio y a mí no hacía falta mucho, ambos somos muy de bailar con la más fea (menos en tu caso). Hice más el amor con la historia de Valencia en los libros que con mi ex en la cama, aunque con mi ex tuve dos hijos y con la historia de Valencia ninguna novela. Así de cruel fue mi historia.

Además, te presentaría la lista de mis diez películas favoritas, mucho western y alguna comedia romántica. Y mis diez canciones inolvidables, mi *top ten*, incluyendo *La estrella de David* de Juan Bau, que, Dios sabrá la razón, me evoca nuestras tertulias absurdas pero ineludibles comiendo pipas sin parar. O tu bañador mojado que se te pegaba al vientre marcándote el ombligo. ¿Por qué esa canción me recuerda tanto a tu bañador empapado? Otro enigma que dejo sin resolver.

Tal vez sonara en la radio de la *tieta* Encarna, apretada con gomas para que no se le escapasen las pilas o los cables, cuando al atardecer salía a sentarse un ratito en un banco despintado de verde del jardín de los viejos apartamentos, mientras nosotros volvíamos del último baño del día envueltos en nuestras toallas.

O tal vez *La estrella de David* fuera la banda sonora de los meses desesperados que siguieron al verano, el villancico amargo de aquella Navidad de lágrimas. No sé, el caso es que esa canción me traslada a la piscina de los Garbí. A tu risa de ardilla después de empujarme al agua. A tu lado.

Hay muchas cosas que no te dije ni ya te diré. De mí no queda más que un silencio, se me ha llevado el viento. Ahora soy un recuerdo. Sólo un recuerdo, nada más. Alguien que fue, que pasó, que desapareció. Un espectro. Un escalofrío por tu espalda cuando a medianoche apagues la última lámpara para irte a la cama. Aire, en definitiva.

Me habría gustado que Ella, la mujer pelirroja con las pecas pintadas que ayer me miró por encima del hombro de su marido en el bar Nodo, hubieras sido tú. Habría hecho lo imposible para reconquistarte.

Te quise tanto que no hay palabras suficientes para expresarlo. He muerto de amor por ti. Con treinta y tres años de retraso, vale, pero de un amor tan puro que jamás caducó.

Yo he descansado, pero no en paz. Aquí debió haber ocurrido algo.

Adiós, Marina. Trazo la señal de la cruz sobre tu rostro en la foto con trenzas y te beso después. Adiós, Marina, vida mía.